

## Crónica: Mía Isabela me salvó la vida

Luz Nataly Rodríguez Maldonado  
Auxiliar Gestión Documental  
Universidad Santo Tomás  
Bucaramanga, Santander, Colombia  
Correo electrónico: luz.rodriguez@ustabuca.edu.co

“Mía Isabela me salvó la vida”, así lo expresa María Rosa Martínez, una señora de 55 años de edad de estatura mediana, hermosos ojos verdes que resguarda por unos anteojos, porque como dice ella ‘los años no vienen solos’, cabello rizado, piel trigueña y una energía envidiable. Su carácter es fuerte, pero se muestra siempre muy servicial, cosa que lo demuestran 29 años de labores como auxiliar de servicios generales en la Universidad Santo Tomás.



María Rosa, su nieta Mía Isabela e hija

Se levanta todos los días a las 4:30 a.m., llega a cumplir su turno a las 6:00 a.m., deja su ropa particular y la cambia por su uniforme de tela antifluido, sus zapatos en cuero cerrados; luego, toma su carro amarillo con agua, traperos y escoba y comienza su labor. Por cuestiones de la pandemia añadió a su atuendo el tapabocas.

Desde que nació su nieta Mía Isabela, los días se le han vuelto más alegres, la niña es muy hiperactiva, inteligente y comedida, así la describe María Rosa. “Yo me levanto más temprano por dejarle el caldito a la niña, para que cuando mi hija se levante se lo dé, también adelanto el almuerzo, así me quedo más tranquila, porque me gusta que se alimente bien. Mía Isabela ya está aprendiendo a hablar, me dice Yayita” –narra María Rosa–, cuando llego del trabajo descanso un rato y la saco a pasear para que libere toda la energía, luego sigue con los juguetes, cena un poco y sobre las 10:30 p.m. se acuesta a dormir.

Pero ella, como tantos miles de personas en el mundo, no escapó al contagio por la COVID-19, fue el 25 de julio de 2020 que comenzó a sentir afonía, se le iba la voz y como si fuera una bitácora marcada por el virus, María Rosa enumera los dieciséis días de su batalla, así narra todos los síntomas que padeció:

**Día 1:** La afonía y debilidad.

**Día 2:** Dolor de huesos.

**Día 3:** Sentía cambio de temperatura, me ponía fría, fría y luego caliente, seguro era fiebre.

**Día 4:** Una fuerte diarrea y desaliento, pero aun así fui a cumplir con mi trabajo.

**Día 5:** Fui a la EPS, ya no era capaz de levantarme, el doctor que me atendió me dijo que no era COVID, porque no tenía la garganta inflamada, que eso era una virosis y me formuló acetaminofén que no me hizo nada.

**Día 6:** Ya no tenía apetito, sentía mucho escalofrío y fiebre y solo me dieron un día de incapacidad.

**Día 7:** Los síntomas persistieron y volví a la EPS, me dieron dos días de incapacidad, comencé a sentirme muy deprimida, porque en vez de mejorar sentía que retrocedía dos pasos, no sabía qué hacer, ya sospechaba que era COVID porque perdí el gusto y el olfato, pero en la EPS no me autorizaron la prueba. Sentir la impotencia de no saber qué más hacer fue terrible y la soledad de no tener alguien que supiera del tema para ayudarme. Lloraba mucho del desespero de verme tan debilitada.

**Día 8:** Caí a cama, no era capaz de levantarme, las piernas me temblaban, mi cuerpo estaba rígido, estaba a punta de suero, y comencé a sentir mucho ahogo, ya tenía fiebre de 40. Mi hija empezó a presentar los mismos síntomas, de la empresa donde ella trabaja la llamó una enfermera y nos dijo qué hacer. Primero paños calientes para bajar la fiebre, Enterogermina para la diarrea y Dolex del verde. Esa enfermera fue como un ángel, ya me sentía más acompañada, al menos había alguien pendiente de nosotras.

**Día 9:** La enfermera siguió llamando a preguntar cómo seguíamos, pero también se contagió mi esposo, mi yerno y al escuchar toser a Mía Isabela, me entró el desespero de pensar que el mal nos había llegado a casa a todos.

**Día 10:** Comencé a tomar aguapanela con jengibre y limón cada vez que me daba el ahogo, y me hacía vaporizaciones de caléndula. Desde ese día ya no podía dormir, ni estar acostada, me la pasaba en una silla porque la asfixia era terrible.

**Día 11:** Los síntomas empeoraban, la tos era fuerte, y con asfixia, me seguí tomando el

menjurje de aguapanela y las vaporizaciones con caléndula y clavo. También tomaba té de caléndula cada vez que me venía el ahogo. Al mirar por la ventana de mi casa pensaba si me iba a morir, porque de todos, la que más mal estaba en mi casa era yo. Sin comer, ni dormir bien la debilidad empeoraba y ese sentimiento de impotencia carcomía mis pensamientos, sentía que daba dos pasos hacia atrás, no veía mejoría.

**Día 12:** La tos fue empeorando, ahora escupía flemas con sangre y la asfixia era total, acudí al médico por telemedicina, pero no me autorizaban la prueba del COVID, lo que más me daba miedo era que me hospitalizaran porque sé de muchos casos de personas que después de que las hospitalizaban, pasaban a UCI y de allá no salían con vida.

**Día 13.** Seguí en casa, con una tormenta de pensamientos y pidiéndole a Dios que me ayudara a superar esta crisis, pues no era la primera vez que caía a cama. ya me había dado dengue y chicunguña, sabía qué era estar muy enferma, pero este mal era peor por la asfixia.

**Día 14:** Me llama el Dr. Diego médico de la Universidad y me dice que tengo que practicar-me la prueba, yo le dije que mi EPS no me la autoriza, así que gracias a Dios me recomienda que llamara a la Cruz Roja, y efectivamente ellos vinieron en una ambulancia con todos los protocolos de bioseguridad y me la practicaron. Esa noche fue la más terrible, pensé que me tocaba ir a la UCI, no podía respirar, toda mi familia estaba muy preocupada no sé cómo llegué al otro día, mi hija me frotaba Vick Vaporub y permanecía sentada, ni riesgo de acostarme porque me daba el ahogo.

**Día 15:** Me entregaron el resultado, la prueba, efectivamente, di positivo para COVID-19, el Dr. Diego me dijo que tenía que guardar reposo absoluto hasta que los síntomas pasaran. A punta de suero, aguapanela con jengibre y limón, té de moringa, té de caléndula, vaporizaciones de todas esas yerbas, hacía el esfuerzo de ponerme

en pie, pero no podía, para ir al baño tocaba que me ayudaran, caminaba agachada, temblorosa, seguía llorando mucho.

**Día 16:** Ese día escuche toser mucho a Mía Isabela, y me dije –“Yayita aliéntese no llore”– esas palabras me salvaron la vida, le pedí a Dios con todas mis fuerzas que me diera otra oportunidad de vivir, que me quitara el ahogo, que Mía Isabela me necesitaba. Así que poco a poco comencé a tomar calditos de pollo y carne. Me propuse no llorar más, por Mía Isabela, y me dije a mi misma que iba a luchar con todas mis fuerzas por salir adelante.

Esos fueron los días más terribles del mal, gracias a que Dios escuchó mis oraciones, y a la voz de mi nieta que retumbaba en mi cabeza pude superar el COVID. Me ayudó mucho haber estado sentada y las infusiones fortalecieron mis pulmones.

El proceso siguió por casi un mes, comiendo poco a poco, levantándome de la cama a dar pasos, una vez trate de bajar al primer piso, pero me dió la asfixia y me caí, así que mi yerno y me esposo me ayudaron a parar, en total tuve siete citas médicas y en ninguna me autorizaron la prueba del COVID, por mi cuenta, compre todo lo que me iba diciendo la enfermera, lo que me recomendaban de menjurjes naturales, no me importaba si no podía pagar mis deudas, yo quería recuperarme. Las llamadas de mis compañeras me ayudaban mucho a no sentirme sola en la batalla por vivir, ellas me escuchaban llorar porque sentía que me iba a morir, pero me daban aliento, me decían –“Rosita”– como le dicen cariñosamente, –vuelva al médico, usted se va a recuperar”–, pero yo soy de las que creo que la medicina está en las plantas y me daba miedo que me hospitalizaran.

Así fue como hacia el 24 de agosto de 2020 pude regresar a la Universidad, ya me sentía con alientos de caminar. Hasta el sol de hoy, 11 de noviembre de 2020 no me siento del todo bien, a veces siento ahogo, entonces paro un poco mi oficio y descanso, siento muchas ganas de

dormir, fatiga; llego cansada a la casa, eso deben ser las secuelas del COVID, pero al ver cómo me recibe mi nieta Mía Isabela, –¡Yayita!–, se me quita el cansancio, la niña está tan recuperada y llena de energía que me dan fuerzas para sacarla a dar una vuelta para que juegue en el parque.

Ahora me cuido mucho más, le digo a todos los que puedo que el COVID no es una mentira, que tenemos que usar tapabocas, que tenemos que lavarnos las manos, que debemos usar alcohol, siempre aconsejo no entrar a la casa con los zapatos, hay que tener unas chancletas en la entrada de la casa e ir de una al baño a darse una buena ducha, y ahí sí compartir con nuestros seres queridos. Todos los días le doy gracias a Dios por el milagro de estar viva, de tener a mi nieta, a mis hijas, a mi esposo conmigo, por poder volver a trabajar”.

Así María Rosa me narra su historia de supervivencia, sin siquiera tomar asiento, con escoba en mano y con algo de fatiga en su voz, se marcha a continuar con sus labores con una fortaleza envidiable.

Yo la observo desde la ventana de mi oficina y veo que no se queja, que realiza su labor con mucha disposición, siempre se muestra atenta a ayudar, desde el saludo matutino nos transmite alegría, cariño y fortaleza.



Según la Organización Mundial de la Salud, describe que el coronavirus es:

Una extensa familia de virus que pueden causar enfermedades tanto en animales como en humanos. En los humanos, se sabe que varios coronavirus causan infecciones respiratorias que pueden ir desde el resfriado común hasta enfermedades más graves, como el síndrome respiratorio de Oriente Medio (MERS) y el síndrome respiratorio agudo severo (SRAS). El coronavirus que se ha descubierto más recientemente causa la enfermedad por coronavirus COVID-19. Alrededor de una de cada cinco personas que contraen la COVID-19 acaba presentando un cuadro grave y experimenta dificultades para respirar. Las personas mayores y las que padecen afecciones médicas previas, como hipertensión arterial, problemas cardíacos o pulmonares, diabetes o cáncer tienen más probabilidades de presentar cuadros graves. Sin embargo, cualquier persona puede contraer la COVID-19 y caer gravemente enferma”.

En medio de la pandemia en que nos encontramos, resulta impresionante ver las acciones irresponsables que ha tomado la gente, con

todos los festivos, los bares abiertos, centros recreacionales y vías sin restricciones, se siente un aire de normalidad, como si el virus se hubiese ido, ya es común ver fotos en redes sociales de grupos grandes de amigos y familiares bebiendo y bailando sin tapabocas, sin distanciamiento social. El sentido de responsabilidad propio y por los demás se perdió, quizá por tratar de olvidar el horror de la cuarentena; pero me pregunto ¿tenemos que tener un policía al lado para que nos diga qué debemos hacer? ¿Se tiene que enfermar uno de nuestros familiares o amigos para tomar conciencia? ¿Tienen que seguir habiendo más muertos para tenerle un poco de respeto a este virus?

Quizá la temporada de lluvias en nuestro país, las tormentas y hasta los huracanes nos están enviando un mensaje de que permanezcamos en casa en lo posible, que tomemos todas las medidas de bioseguridad y sigamos guardando el distanciamiento social para superar pronto esta pandemia que no da tregua.